

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS Serie especial

El Ametrallador

CONTINUACIÓN de "AY JALISCO NO TE RAJES"

Editorial APAS

Pedro INFANTE

"EL DIVO de la CANCIÓN"

Margarita MORA

ANGEL GARASA



Handwritten text at the top of the page, possibly a title or header.

Main body of handwritten text, appearing to be a list or series of entries, though the script is very faint and difficult to decipher.



El Ametralladora

Reservados los derechos de
traducción y reproducción.

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 20657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Aportada 707 - BARCELONA - Teléfono 70637
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbarrá, 14, Barcelona - Terceira, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"

AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 122

NUM. 371

EL AMETRALLADORA

La riqueza folclórica del pueblo mexicano es indudable.
Prueba de ello es la vida legendaria del Ametralladora,
el bandido generoso que tuvo en jaque a todos
los rurales de México a principios de este
siglo. **Pedro Infante**, rival de **Jor-
ge Negrete**, se nos presenta
por primera vez en Es-
paña, continuan-
do la emocio-
nante aventu-
ra de éste en
¡Ay, Jalisco, no te rajes!

Distribución
para España:



Cinematografía Comercial, S. A.
Jacometrezo, 14 MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

Salvador Pérez Gómez

(a) El Ametrallador Pedro Infante

Carmela Margarita Mora

Malasuerte Angel Garasa

y la colaboración de Arturo Soto Rangel,
Chaplán, etc.

Director:

Joselito Rodríguez

Canciones:

Infante y Cortazar

Narración literaria por

Luis M. Molina



SALVADOR PEREZ GOMEZ (1)

En el Méjico turbulento de los años revolucionarios vivía una feliz familia compuesta por don Jacinto Pérez Gómez, su esposa y su hijo Salvador.

Era «Chava» —nombre por el que se conocía familiarmente a Salvador— un muchacho vivaracho y despierto. Agil y buen jinete, no se quedaba atrás en el manejo de las pistolas. Su buen criado Chaflán era quien cuidaba de estas enseñanzas y jamás conoció discípulo más aventajado.

Un día inesperado, la paz familiar de los Pérez Gómez fué destrozada. Salvador hubo de soportar un rudo golpe: sus entrañables padres fueron asesinados.

Juró ya entonces «Chava» vengar este horroroso crimen; pero hubo de resignarse, por el momento, a esperar. Dos poderosas razones le obligaron a ello: contaba tan sólo con catorce años de edad y desconocía quienes habían sido los asesinos.

(1) Para la mejor comprensión de esta narración del «filme» «El Ametrallador», en los primeros capítulos hemos establecido una especie de relación con la película «¡Ay, Jalisco, no te rajes!», de la que es ésta una especie de continuación. Esta película ha sido también publicada en esta colección por EDITORIAL ALAS y ha sido interpretada por Jorge Negrete. — Nota del narrador.

Privado de familiares que velaran por él se dirigió en compañía de Chaflán a casa del solterón Radilla, tabernero de profesión y padrino suyo, quien se encargó de su tutela.

Juntos vivieron muchos años, los suficientes para emblanquecer los enormes mostachos del bueno de Chaflán y para que el muchacho de entonces se convirtiera en un arrogante joven, mucho más rápido en el manejo de las pistolas y mucho más hábil en la equitación.

Cierta día recibió una visita inesperada. La de un exmatador de toros, hoy maleante de oficio y conocido por el apodo de «Mala Suerte», que se presentó en la taberna de su padrino preguntando por él. Salvador no se podía imaginar, al ver a ese hombrucillo casi insignificante, la sorpresa que le esperaba.

—¿Me busca a mí?—preguntó «Chava» con aire de incredulidad.

—Si es usted don Salvador Pérez Gómez, sí—respondió resuelto el interpelado.

—Bien, usted dirá...

—Vengo de muy lejos, sólo para verle y contarle una historia que sucedió doce años atrás. Cuando vivía su señor padre, don Jacinto, que en paz descanse...

—¡Pum! ¡Pum! —el estampido de dos detonaciones fué oído por todos los presentes, pero el fuego intimo de las balas que rasgan la piel y queman las entrañas sólo fué sentido por «Mala Suerte», que, interrumpiendo su apenas comenzado relato, cayó al suelo gravemente herido.

Chaflán fué el único que intentó la persecución de la mano traidora que había disparado desde la rendija de la puerta, pero nada consiguió, pues cuando, pistola en mano, alcanzó el lugar desde donde se efectuaron los disparos, ya había desaparecido el alevoso pistolero.

Salvador, ayudado por su padrino, condujo, en tanto, el cuerpo inerte de «Mala Suerte» a un camastro situado en la habitación contigua y le practicó la primera cura.

En los días sucesivos y poco a poco se fué restableciendo y

pudo terminar de contar la historia que interrumpieron los disparos.

—... y así fué, don Salvador; yo también participé en el asesinato de sus padres —y atajándose a sí mismo prosiguió—: Eso sí, yo no disparé contra ellos. Me limité tan sólo a guardar los caballos mientras los demás entraban. Reconozco mi culpabilidad y no pretendo que usted me perdone. Vengo sólo a hacer un trato con usted. Yo le diré quiénes fueron los asesinos. Por cada uno me dará mil pesos y por el cabecilla cinco mil. Cuando le haya delatado el último, entonces podrá matarme a mí —y añadió con seriedad—. Los mil pesos que por mi cabeza me corresponden no olvide mandárselos a mi familia.

—Está bueno, «Mala Suerte». ¿Cuándo podemos empezar? —preguntó «Chava», acariciando sus pistolas.

—Cuando quiera, patrón. Me encuentro ya bien y podemos marchar.

—¿Hacia dónde?

—A la riña de gallos de la Feria de Jarandilla. Vamos a ver a nuestro amigo el galiero—respondió «Mala Suerte», guiñando picarescamente un ojo al decir la palabra «amigos».

—Pues bien, tú y Chafán prepararos para salir; yo en tanto iré a resolver unos asuntos.

Los asuntos a que se refería «Chava» eran de índole sentimental. Se trataba de una mujer de pelo azabache, peinada con gruesas trenzas que resbalaban por sus hombros. Era bella y se llamaba Carmela.

Salvador se dirigió resuelto a casa de Carmela. Hasta entonces sólo le había insinuado el cariño que hacia ella sentía; pero ahora, necesitando ausentarse, quería dejar las cosas bien sentadas. Tenía que confesarle su apasionado amor.

Cuando se halló junto a la reja de Carmela, Salvador silbó. Necesitó repetir la llamada, pues nadie hizo caso la primera vez.

Al fin, la ventana se entreabrió y entre las rejas apareció el rostro maravilloso de Carmela.

—Carmela—suspiró Salvador.

—«Chava»—respondió cariñosamente.

Los ojos de Salvador acariciaron con la mirada el rostro de Carmela. Hubo unos instantes de silencio que «Chava» rompió al fin:

—Carmela, ¿sabes que me marchó?

—¿Dónde? ¿Estarás mucho tiempo fuera?—preguntó ansiosa, espoleada por el dolor que el anuncio de la separación le producía.

—Voy a Jerandilla. Tal vez esté fuera una semana, o tal vez un mes. No sé —y añadió—: Voy a solucionar un negocio.

A Carmela le extrañó la mirada opaca de Salvador al pronunciar las últimas palabras.

—¿Se trata de algo malo?—preguntó inquieta.

—Del cumplimiento de un juramento que hice hace doce años.

Carmela no preguntó más, sabía de qué se trataba. Su mirada se nubló: no sólo por el dolor que la separación le producía, sino también por el sangriento motivo de ella.

Salvador, al ver entristecerse el rostro de su amada, no pudo ya evitar afrontar la situación que él creía más difícil que tumbar a cinco hombres de un tiro en la frente antes de que tuvieran tiempo de disparar ellos.

—Carmela, no quiero marcharme sin que sepas... —su voz sonó ahogada— sin que sepas... —repitió titubeando ante las palabras decisivas— que te quiero con toda mi alma.

Al oír el hechizo de estas palabras, el semblante de Carmela se transformó, sus ojos brillaron y su boca invitó al beso.

Salvador se sintió atraído y juntó sus labios a los de Carmela en un ardiente y apasionado beso.

DOBLE RIRA DE GALLOS

Cuando Salvador, Chatlán y «Mala Suertes» desmontaron frente a la plaza de gallos de la Feria de Jarandilla, iban a comenzar dos interesantes peleas. La primera —única que esperaba el público— se trataba de dos furiosos gallos, y en ella habían comenzado las apuestas; la segunda, no por más inesperada, menos espectacular, sería la de Salvador Pérez Gómez frente a uno de los asesinos de sus padres.

Después de entrar tomaron asiento en uno de los tendidos. Cuando aparecieron los galleros, «Mala Suertes» hizo una pequeña seña a Salvador y le dijo:

—¡Ese! El del gallo «colorao».

—Apostaremos entonces mil pesos por su gallo.

—Mira lo que hace, patrón—advirtió «Mala Suertes». Que me consta que ese gallo va a perder —y añadió «sotto voce»: Ha apostado su dueño, el gallero, en secreto por el de su contrincante y al suyo le ha dado un poquito de cloroformo; lo suficiente para que pierda la pelea y gane la apuesta que hizo por el contrario. No apueste, patrón—terminó en tono de recomendación.

—Si apostaré—respondió resuelto «Chava». Así tendremos

motivo para armar camorra —y añadió en alta voz, dirigiéndose al viejo encargado de las apuestas—: ¡Mil pesos por el «colorao»!

—¡Apuestan mil pesos por el «colorao»! ¿Hay alguna apuesta más?—inquirió el viejo, y viendo que nadie más apostaba, dijo—: ¡Señores, la pelea va a comenzar!

Los dos galleros avanzaron con sus respectivos gallos hasta el centro de la plaza, una vez en él los hicieron chocar uno contra otro a fin de enfurecerlos. Cuando vieron que comenzaban a picotearse, los dejaron solos en el suelo y, ante la expectación del público, comenzó la pelea.

No se portó mal el «colorao» en los primeros instantes de la pelea. Su pico alcanzó varias veces la cresta y el cuello del contrario. Sus espolones se tiñeron de sangre; pero su coraje resultó vano, poco a poco el anestésico hizo su efecto y el «colorao» sucumbió a los picotazos de su contrario.

—Salvador se puso en pie.

—¡Esta pelea no vale! ¡Ese gallo está envenenado!—gritó.

Se produjo el natural revuelo entre el público.

El gallero presuroso se dirigió hacia el gallo muerto y trató de cogerlo. Salvador lo impidió, lo recogió él y se lo entregó al juez de la pelea.

—¡Exáminelo!—ordenó.

—Efectivamente, este gallo ha sido anestesiado—dijo tras un breve examen, y añadió—: No se preocupe, señor, se le devolverá el dinero que apostó.

—No me importa ese dinero—dijo con desprecio Salvador—. Lo único que quiero es ajustarle las cuentas a ese bandido.

El gallero tembló al oír la amenaza de «Chava».

—Si el señor quiere, además del dinero de la apuesta, una indemnización, estoy dispuesto a satisfacerle—dijo, intentando calmar a Salvador.

—Quiero, maldito asesino, que me indemnicen de otra cosa mucho más grave —y dando una entonación lenta y amenazadora a sus palabras prosiguió—: Soy Salvador Pérez Gómez. He venido a vengar la muerte de mis padres. ¡Defiéndete!

El gallero extrajo sus pistolas con la rapidez de un profesio-

nal del crimen, pero demasiado tarde para un enemigo como Salvador, pues antes de que sus dedos consiguieran apretar los gatillos, yacía inerte en el suelo con un agujero en la frente.

Cuando Salvador se volvió para dar orden a «Mala Suerte» y Chafán de huir, se le heló la sangre en las venas: cuatro amigos del gallero estaban sacando sus pistolas para dispararle por la espalda. Chafán y «Mala Suerte» estaban apuntando hacia otros tendidos y aparte de que no pudieron avisarle del peligro, tampoco podían ayudarle. Su vacilación duró apenas un segundo. Rápidamente —con la rapidez de una ametralladora— sus pistolas escupieron el plomo suficiente para que los cuatro tiradores cayeran muertos en el suelo víctimas de un balazo en la frente.

Aprovechando la excitación producida en el ánimo del público, Salvador se dirigió a la mesa del juez y cogiendo el dinero de las apuestas lo arrojó hacia los tendidos. El público, impulsado por la codicia y olvidando lo que había ocurrido segundos antes, se abalanzó tratando de coger los billetes; momento de confusión que Salvador y sus dos amigos aprovecharon para salir de la plaza y montar en sus veloces caballos.

Cuando la excitación del público se hubo calmado, algunos curiosos se dirigieron a ver los cadáveres.

—¡Qué bárbaro!—uno de los curiosos no pudo reprimir una exclamación de asombro—. ¡Parecía una ametralladora disparando!

—Cómo ha dicho—preguntó otro.

—Que parecía una ametralladora.

—No le entiendo, dígame un poco más alto—dijo, llevándose una mano al oído—. Es que soy algo sordo.

—¡¡Que parecía una ametralladora!!—gritó.

—¡Ah! Gracias.

El sordo sintió un golpecito en su espalda: era otro curioso que preguntaba:

—¿Qué le ha dicho ese señor?

Tuvo que repetir la pregunta, pues tampoco esta vez oyó a la primera el sordo.

—¿Qué me ha dicho, pregunta usted?

—Sí—asintió.

—Que ha sido «El Ametrallador».

Y así, por esta graciosa equivocación, Salvador Pérez Gómez fue conocido en adelante como el peligroso bandido «El Ametrallador» y con este nombre aparecieron bandos ofreciendo la recompensa de cinco mil pesos por su cabeza.

LA CARRERA

La venganza comenzada por Salvador en la riña de gallos continuó inexorable. A todos los que participaron en el asesinato les llegó el turno. Uno a uno fueron delatados por «Mala Suerte» y mordieron el polvo merecido. Sólo uno faltaba: el jefe.

«Mala Suerte» había prometido a Salvador que pronto le revelaría quién era, y «Chava» se hallaba impaciente por saberlo. No le sucedía lo mismo a «Mala Suerte», que sabía que según lo pactado, después del jefe caería él, si bien al cerrar el trato con Salvador contaba con la esperanza de que la convivencia con él terminaría creando una gran amistad, amistad que ya había nacido.

Estaba decidido «Chava» a regresar a casa de su padrino, pues empezaba ya a cansarse de esa vida aventurera y le pesaba mucho el estar separado de Carmela. Por si esto fuera poco, dos motivos le impulsaron a precipitar su regreso: una carta de su padrino indicándole que con motivo de las fiestas del pueblo se iba a celebrar una carrera de caballos y que Felipe Carbajal —rival de amores suyo, pues también pretendía, aunque sin éxito, a Carmela, e hijo del general del mismo apellido, poderoso hacendado de la región— estaba dispuesto a apostarse veinte mil pesos con el que quisiera ser su contrincante en las carreras, a quo

él sería el vencedor. Radilla le invitaba a que recogiese el reto y le venciera.

El otro motivo fué que «Mala Suerte» le aseguró que aceptando la invitación de su padrino le resultaría más fácil enfrentarse con el jefe de los asesinos de sus padres.

En un día espléndido, radiante de sol, se celebró la carrera. Entre la numerosa concurrencia se hallaba, para alegría de Salvador, Carmela vestida con el lindo traje típico mejicano.

Felipe Carbajal se esforzaba en vano por conseguir una mirada de Carmela. Toda la atención de ésta se hallaba concentrada en Salvador que, con sonrisa de agradecimiento, se preparaba para la carrera.

Ambos contrincantes se dirigieron a la tribuna presidencial y entregaron al juez de la carrera los veinte mil pesos de la apuesta. Después, serenamente, se dirigieron a sus monturas, y saltando sobre ellas, esperaron la señal de partida.

«Mala Suerte» se acercó entonces a Salvador y murmuró a su oído:

—Patrón, si usted vence a Felipe Carbajal en la carrera, el que mandó asesinar a sus padres se llevará un disgusto.

Salvador no comprendió. Se quedó pensativo y preguntó:

—¿Qué quieres decir? No te entiendo, explícate bien.

—Sí, patrón; el cabecilla de los asesinos de sus padres le molestará que su hijo Felipe pierda la carrera — explicó «Mala Suerte».

—¿Es cierto lo que dices, «Mala Suerte»? ¿El general Carbajal fué quien mandó asesinar a mis padres?

«Mala Suerte» quiso responder, pero algo que vió se lo impidió. Dando un codazo a Chafán, que estaba a su lado, dijo:

—¡Ojo con éste! Es el hermano del gallero.

Efectivamente. Mirando fijamente a Salvador estaba el hermano del gallero.

Sonó en aquel momento el disparo de la señal para partir. Los dos jinetes picaron espuelas y sus caballos emprendieron una veloz carrera.

El ruido de la detonación sacó de su asombro al hermano del

gallero, que había reconocido en Salvador Pérez Gómez al famoso proscrito apodado «El Ametralladora», que había matado a su hermano. Rápidamente comenzó a marchar en dirección a la tribuna presidencial dispuesto a comunicar al inspector de Policía su descubrimiento.

Chaffán se dio cuenta del peligro que correría Salvador si el hermano del gallero llegaba a denunciarle. Por ello, se dirigió tras él y aprovechando que el público que presenciaba la carrera se hallaba de espaldas, acarició con la culata de su revólver el «coco» del presunto delator.

Uno de los espectadores se volvió al oír el cuerpo que se desplomaba en el suelo.

Chaffán no se inmuto.

—¡Hay que ver, Chango, lo que hace la insolación!—exclamó con aire de conmiseración—. Vamos a arrimarle juntito al árbol, para que le dé la sombra.

La carrera proseguía. Felipe Carbajal había conseguido una ligera ventaja sobre «Chava». Pasaron como una exhalación ante la tribuna. Salvador vió los ojos de Carmela fijos en él. La mirada de Carmela espoleó al jinete, el jinete espoleó al caballo y el caballo, acelerando su ya velocísimo galope, consiguió una ventaja de un cuerpo sobre la cabalgadura de Felipe, ventaja que logró mantener hasta que Salvador escuchó la ovación que le indicó que había cruzado victoriosamente la meta.

La primera felicitación que recibió Salvador fue la de Carmela; después un montón de gente estrechó su mano: Chaffán, «Maía Suerte», el señor Salas —padre de Carmela—, el inspector de Policía, el juez de la carrera —que le hizo entrega del dinero de la apuesta— y por último el mismo general Carbajal.

—Aunque haya usted vencido a mi hijo, no es obstáculo para que le felicite—dijo, tendiéndole la mano—. Es usted un buen jinete.

—El general me perdonará que no acepte su mano—dijo Salvador con despectiva cortesía, y añadió—: Yo no puedo estrechar la mano de quien hace doce años mandó asesinar a mis padres.

El rostro de Carbajal se contrajo de ira.

—¡Miente!—gritó fuera de sí.

—¡Tengo pruebas! —respondió, retador, Salvador—. ¡«Mala Suerte», acércate! —El extorero obedeció—. ¡Refréscale la memoria!—le ordenó.

—Es cierto lo que ha dicho don Salvador—explicó con la misma serenidad que en sus buenos tiempos tuvo frente a los toros—. Hace doce años, ese señor, que no es general ni es «na» —estas palabras hicieron como un latigazo el orgullo de Carbajal, pues muy pocos sabían que el título de general no era más que un caprichoso adorno que él mismo puso a su apellido—, nos mandó a mí y a otros tres, que ya pasaron a mejor vida, que asesináramos a los padres de Salvador, porque éstos no querían venderle unas tierras que él...

—Eso es una vil calumnia!—bramó el general, interrumpiendo a «Mala Suerte»—. ¡Vas a morir por tu osadía!

Sonaron dos disparos y dos cuerpos rodaron a la vez. Ambos habían disparado al mismo tiempo.

Salvador se apresuró a ayudar a «Mala Suerte». Chaflán lo impidió.

—Vámonos, Salvador—musitó a su oído—. He visto por aquí gente que te conoce y sabe qui eres «El Ametrallador». Tengo ya listos los caballos —y mirando el cuerpo inerte de «Mala Suerte» exclamó—: ¡Pobre «Mala Suerte».

«Chava» hizo una seña a Carmela y aprovechando la confusión originada por los disparos se dirigieron al lugar donde estaban los caballos, y montando sobre ellos emprendieron la fuga.

El cuerpo de «Mala Suerte» fué llevado a la taberna de Radilla. La confusión se fué deshaciendo y, poco a poco, la calma renació en el ánimo de los testigos de esos agitados minutos. Pero un nuevo acontecimiento vino a alborotar nuevamente ese día.

El hermano del gallero estaba recobrando el conocimiento. Se incorporó y pasándose la mano por la cabeza, se acarició la herida producida por la culata del revólver de Chaflán. Súbitamente, se acordó de que cuando recibió el golpe se dirigía a la tribuna presidencial para delatar al «Ametrallador».

PERSEGUIDOS

—¡Salvador Pérez Gómez es «El Ametralladora»!—gritó sin haber terminado aún de incorporarse.

Algunas personas se asustaron al oír el archifamoso nombre del que todos juzgaban un terrible asesino; cuando, en realidad, no era sino uno de tantos que en aquella época revolucionaria de Méjico se veía precisado a tomarse la justicia por su mano.

—¡Salvador Pérez Gómez es «El Ametralladora»!—gritó nuevamente el hermano del gallero, ya incorporado y dirigiéndose corriendo hacia el inspector de Policía, que se hallaba al pie de la tribuna.

—¡Inspector, inspector!—exclamó, jadeante—. ¡Salvador Pérez Gómez es «El Ametralladora»!

—¿Está seguro? ¿Puede probarlo?

—Ya lo creo, inspector. Hay muchos testigos que le vieron matar a mi hermano en la feria de Jarandilla.

Iba a ponerlo nuevamente en duda el inspector, pues le unía una gran amistad con Radilla y no podía creer que su ahijado, a quien tantas veces había tratado, fuese un criminal; cuando terció Felipe Carbajal, impulsado por el deseo de vengar la muerte de su padre y por la rabia de su fracaso en la carrera —aunque nos atreveríamos a decir que este último motivo era el que más

le impulsaba a intervenir; pues, al fin y al cabo, la muerte de su padre le representaba la herencia de una cuantiosa fortuna que para él, hombre materialista, compensaba con creces la muerte de mil padres que hubiese tenido.

—¡No perdamos tiempo! Ese maldito Salvador no está aquí, ha debido huir. ¡Corramos si queremos darle alcance!—exclamó, impaciente.

Ya no titubeó el inspector.

—¡A caballo todos!—ordenó.

Pocos segundos después una partida de jinetes con caballos frescos y descamisados empezaron la persecución de «El Ametrallador».

Bueno era el caballo de Salvador, pero cargado con dos personas —«Chava» y Carmela—, y después de vencer una dura carrera, muy poca velocidad podía alcanzar. Así lo comprendió Chatlán y empezó a temer que muy pronto pudieran darles alcance. Su zozobra aumentó cuando oyó varios disparos y el galopar de muchos caballos. Volvió la vista atrás y vio a lo lejos la nube de polvo que levantaban sus perseguidores.

—«Chava»—dijo—, sigue tú con Carmela, mientras yo me paro a «platicar» con esos changos.

Salvador comprendió que quería guardarle la retirada, y sabiendo que esto podía costarle la vida al bueno de Chatlán, ordenó:

—¡Sigue adelante con nosotros!

Chatlán no hizo caso, aprovechando un recodo del camino detuvo su cabalgadura y descendió al suelo. Era ésta la primera vez que desobedecía una orden de Salvador; pero si lo hacía, era para mejor servirle.

«Chava» comprendió que sería imposible disuadirle de la locura de hacer frente él solo a más de veinte hombres, y sabiendo que un solo minuto de retraso haría estéril el sacrificio de Chatlán y sería fatal también para Carmela, picó espuelas y continuó su veloz carrera.

No tardaron mucho tiempo en llegar los perseguidores al recodo donde aguardaba Chatlán.

Sonó el primer disparo. Chaflán había dado en el blanco, uno de los jinetes cayó del caballo.

Ante el inesperado ataque quedaron desconcertados los perseguidores. El inspector, creyendo que quien les hacía frente era «El Ametralladora», dió la orden de desmontar.

Chaflán consiguió así su objetivo: entretenerles mientras Salvador y Carmela aumentaban la distancia que les separaba de sus perseguidores. Hizo escupir a sus pistolas todo el plomo que contenían. Trató, después, de cargarlas nuevamente, pero... aprovechando este momento en que se encontraba indefenso, avanzaron hacia él y le descerrajaron un tiro.

Grande fué la sorpresa de todos al comprobar que a quien habían muerto no era «El Ametralladora». Quisieron proseguir la persecución, pero fué en vano, Salvador y Carmela estaban ya demasiado lejos y no podían darles alcance.



Agonizaba la tarde cuando Salvador y Carmela divisaron una posada. Al llegar a ella «Chavas» desmontó del caballo y llamó a la puerta.

Costó bastante persuadir al posadero para que les diera albergue, pues alegaba que no tenía dos habitaciones para que durmieran. Tuvieron que decirle que estaban casados y que, por lo tanto, eso no era inconveniente. Al fin le convencieron.

Cuando estuvieron solos en la habitación, la confusión de Carmela no tuvo límites. Salvador se percató de ello, y cogiendo una manta de la cama se la echó al hombro e hizo ademán de marcharse, pero antes, quitándose las pistolas se las entregó a Carmela diciéndole:

—Terminé ya la venganza de la muerte de mis padres y ya no tengo derecho a disponer de las vidas de mis semejantes. Quiero que olvides ese maldito nombre de «El Ametralladora» con el que me han señalado como a un bandido y que vivamos juntos en paz y felices.

—Gracias, «Chava». No sabes la alegría que me das hablando así—respondió sonriente Carmela.

—Buenas noches, Carmela.

—Que descanses, «Chava».

Salvador durmió aquella noche en el patio de la posada. Por la mañana se levantó pronto y fué junto a la ventana de Carmela. Comenzó a tararear una canción. La ventana se abrió.

—Buenos días, Carmela—saludó «Chava», interrumpiendo la canción.

—Buenos días, «Chava»—respondió Carmela, y añadió—: ¡Qué bonita canción! ¿Por qué no sigues cantándola?

—Si tú lo quieres...—dijo «Chava», y comenzó a cantar:

Vengo a darte un arrullo de primavera
que suene cual murmullo, niña hechicera,
que suene cual murmullo de manantiales,
manantial de cristales y de armonía
que aumente de mi alma la alegría
al saber que eres mía y sólo mía.

Vengo a darte un arrullo de primavera,
a cantarte mi amor junto a tu vera,
arrullo de palomas y corazones
vengo a ofrecerte con mis canciones.

Bien mañanita vengo a la ventana
a cantar la belleza de mi amada,
belleza que a las flores empalidece
y a la luz de la aurora más resplandece.

Entre aromas y brisas de la mañana
vengo a darte un arrullo de primavera,
no me desazones y abre tu ventana,
calma mi impaciencia saliendo afuera.

Su voz sonaba suave y bien timbrada. Carmela le escuchaba embelesada:

Ya salió mi morena, ya abrió el pottigo,
las aves y las flores cantan conmigo
la sin par gentileza de la niña
que a todo jalisco sume en riña.

Vengo a darte un arrullo de primavera
a contarte mi amor junto a tu vera;
arrullo de palomas y corazones
vengo a ofrecerte con mis canciones...

—Carmela—dijo cuando terminó de cantar— Esto es muy sentimental y muy bello, pero es necesario que lleguemos a Totonic, de lo contrario no estaremos seguros (1).

—Vayamos, «Chava». Cuanto antes lleguemos a casa de mis tios, mejor.

Pagaron al posadero y después de despedirse continuaron el camino hacia Totonic.

* * *

Era el tío de Carmela párroco de la aldea de Totonic, y vivía, en compañía de su hermana Guadalupe, en una casa contigua a la iglesia. A media mañana, Salvador y Carmela llegaron a ella. Cuando llamaron a la puerta, acudió a abrirles Guadalupe, mujer simpática, que a pesar de su madurez —contaría con cerca de los cuarenta años— no había perdido su coquetería.

(1) En los tiempos revolucionarios de Méjico, cuando algún prófugo quería poner a salvo su cabeza, le bastaba abandonar la ciudad donde era perseguido, seguro de que, a menos que alguien le delatase, podía vivir tranquilo. Algunos, para eludir este peligro, cruzaban la frontera.

Al abrir la puerta, sólo vió a Salvador.

—Buenos días, joven, ¿qué se le ofrece?—saludó zalamera.

Salvador no tuvo tiempo de responder, pues Guadalupe vió en ese momento a Carmela, y cambiando repentinamente el tono de voz exclamó:

—¡Qué alegría! ¡Mi querida sobrina! ¡Tú por aquí!

Sorprendido el padre Justino —que así se llamaba el tío de Carmela— al oír desde dentro esa explosión de alegría, quiso saber a qué se debía y se dirigió a la puerta.

No fué menor su júbilo que el de su hermana cuando vió que la causa del alboroto había sido la llegada de su sobrina Carmela. La abrazó efusivamente. Después, cuando vió a Salvador, dijo con cariñoso reproche:

—¡Vaya, vaya, sobrinita! ¡Qué ingrata eres! Te has casado y vienes en viaje de novios a casa de tus tíos y ¡todo sin decirme nada!

Salvador y Carmela bajaron la vista ruborizados. El padre Justino comprendió por esta actitud que no era cierto el matrimonio que él había supuesto. Queriendo evitar que pudiera prolongarse esta violenta escena, sin pedir explicación alguna, invitó amablemente:

—Pase usted don... —el padre Justino se interrumpió, pues desconocía el nombre de «Chava».

—Salvador Pérez Gómez, para servirle—dijo «Chava», presentándose a sí mismo.

—Pase usted, don Salvador, que las puertas de la casa de Dios están siempre abiertas para todo buen cristiano. Y tú, sobrinita mía —prosiguió, dirigiéndose a Carmela—, pasa también, que los brazos de tus tíos siempre te recibirán con cariño.

FELIPITO

En muchas leguas a la redonda no se conocía una hacienda mayor que la que heredó Felipe Carbajal a la muerte de su padre. La importancia de la herencia no radicaba solamente en la vasta extensión de terreno y las numerosas cabezas de ganado que la componían, sino también en la enorme influencia que la posesión de esta exorbitante riqueza tenía sobre el politiquero local.

Mucho había atado y desatado —y nos atreveremos a decir mangoneado— en el terreno político el general cuando se hallaba en vida. Ahora, Felipe Carbajal pretendía heredar también todos estos privilegios que su padre creó y también el título de general que antepuso a su nombre.

Grande fué su indignación cuando, al día siguiente de la muerte de su padre, el capataz de su hacienda vino a expresarle su sentimiento por la desgracia y le saludó con estas palabras:

—Buenos días, Felipito.

—No me llame Felipito—rugió, indignado.

—Está bien, Felipi... —el capataz se mordió los labios: había estado a punto de «meter la pata»—. Está bien—dijo, corrigiéndose—. ¿Cómo quiere que le llame?

—General—dijo con voz enérgica Felipe—. Sí he heredado

la hacienda de mi padre, ¿por qué no he de heredar también el título?

—Está bien, general—asintió el capataz, bajando la cabeza humildemente.

—¿Qué te traía por aquí?—preguntó Felipe.

—Venía, general, a rogarle aceptara mis condolencias por la muerte de su señor padre—respondió el capataz con aire de circunstancias.

—Gracias, Manuel—dijo con fingido agradecimiento, pues le molestaba que los demás se condoliesen por una muerte que a él apenas si le había afectado y por la que ni siquiera llevaba una prenda de luto. Y viendo que se acercaba a su casa el señor Salas, añadió: Puedes retirarte.

El capataz obedeció. Entró Salas.

—Buenos días, Felipito—saludó cariñoso Salas.

A Felipe se lo llevaron los demonios.

—Le ruego, amigo Salas—dijo sin responder a su saludo—, que no me llame Felipito, llámeme general.

Salas se quedó estupefacto. Él, con sus cincuenta y tantos años tener que dar el tratamiento de general a un presuntuoso mequetrefe.

—Me va a ser imposible, Felipe, llamarte así. Tan sólo di ese tratamiento a tu padre, y bien sabes tú que era inmerecido, pues ese título se lo otorgó él mismo.

Ante la categórica respuesta, Felipe se replegó:

—Está bien, llámeme Felipe solamente—y advirtió—: Pero nada de Felipito.

Salas asintió con la cabeza, y preguntó:

—¿Qué querías de mí, Felipe?

—Siéntese, Salas, y hablaremos—invitó cortés Felipe.

Salas aceptó la invitación, se sentó en una de las mullidas butacas; Felipe hizo otro tanto.

—Le he mandado llamar, amigo Salas—prosiguió Felipe con una confianza insultante—, para hablarle de su hija Carmela. Usted ya sabe que yo quiero casarme con ella, pero su hija no

desea lo mismo; yo quiero que usted intervenga y la obligue a casarse conmigo.

—¡Prendes imposibles, Felipe!—respondió Salas—. Yo no puedo mandar en el corazón de mi hija.

—Salas, usted puede y debe intervenir en el corazón de su hija—dijo Felipe, y añadió—. No creo que nadie pueda ofrecerle mejor partido que yo. Soy rico, riquísimo—terminó, vanidoso.

—Quizás me hubiera sido posible complacerle, de no haber estado ya enamorada Carmela. Ya sabes que ella y Salvador Pérez Gómez se quieren.

—¡Prohíbale terminantemente que hable con ese maldito hombre!—fué la respuesta enérgica de Felipe.

—Otro imposible me pides, Felipe. Carmela no está en casa. Huyó ayer con Salvador.

—Si a Felipe le hubiesen dicho que estaba sentado sobre una bomba con la mecha encendida, no habría sido mayor el sobresalto que el que tuvo en aquel instante. De un salto se puso en pie y empezó a increpar a Salas.

—¿Será posible que usted haya permitido semejante cosa? ¿Que su hija huyera con «El Ametralladora»? ¿Con ese bandido, prófugo de la justicia? ¡Ese cobarde de Salvador me las ha de pagar!—el rostro de Felipe se contrajo de ira.

—Todo lo que quieras, Felipe, pero eso de cobarde y bandido es mentira.

—¿Lo defiende usted? ¿Acaso prefiere que se case con él antes que conmigo?

—¿Quieres que te repita nuevamente que yo no puedo mandar en el corazón de mi hija?

—¡Bien!—dijo Felipe, rencoroso—. Quizás esto le haga ponerse de mi parte. —Extrajo de su bolsillo unos papeles—. ¿Sabe usted lo que es esto, Salas?

Sólo con un vistazo reconoció de qué se trataba.

—Son unas letras que le firmé yo a tu padre.

—Unos compromisos de pago que usted no cumplió, ¿verdad, amigo Salas?

—Exactamente—asintió.

—Y que yo podía exigirle que cumpliera—prosiguió retador Felipe.

—Sí, Felipe; pero tu padre me prometió que no me exigiría, por el momento, ese dinero. Conocía la situación apurada en que me encuentro.

—Mi padre le prometería lo que él quisiera, pero yo no le he prometido nada. ¡Yo le exijo ese dinero! si no me lo paga, le denunciaré e irá usted a la cárcel—amenazó Felipe.

—Felipe, ten paciencia—suplicó Salas—. Espera unos meses y te pagaré.

—Sólo esperaré si me promete que obligará a su hija a casarse conmigo.

—Prometido, Felipe — la situación agobiadora en que se encontraba Salas le hizo capitular a las exigencias de Felipe.

—¡Muy bien, Salas querido! — exclamó con animal regocijo Felipe—. Yo le ayudaré para que cumpla lo que me ha prometido. Primero —dijo, comenzando a exponer el plan que su astucia había concebido— comunicará usted a su hija que a menos que Salvador se gane la vida honradamente en el plazo de quince días, no permitirá que se case con él. Como verá, estando lejos de su padrino que podría emplearlo en su negocio, le será difícil encontrar trabajo en esta época del año en la que ya han terminado las faenas agrícolas. Después, le dirá que si llegan a sus oídos noticias de que Salvador reincide en sus asesinatos y en sus fechorías, no consentirá boda alguna. Yo me encargaré —dijo, haciendo una mueca siniestra— de que «El Ametrallador» vuelva a las andadas. Así, de esta manera, separándola de Salvador, le será más fácil obligarla a casarse conmigo. ¿Qué le parece, Salas?—terminó dando una palmadita en las rodillas de su interlocutor.

Salas hubiera querido abofetearle. Pero se mordió los labios contentándose. Por fin dijo:

—Está bien, Felipe, haré lo que tú has dicho.

—Bueno—dijo Felipe, acompañándole hasta la puerta—. Espero que me comunicará los resultados que obtenga. ¡Adiós!

—¡Adiós!—respondió Salas, marchándose.



Cuando hubo perdido a Salas de vista, Felipe mandó llamar a cuatro pistoleros de su confianza que vivían en la hacienda disfrazados de colonos.

— Ahí tenéis—les dijo—cinco mil pesos. Gastároslos en lo que queráis, pero donde vayáis armar camorra. No importa que os carguéis a quien sea; pero, hagáis lo que hagáis, decid que fué «El Ametralladora». No olvidarlo, «El Ametralladora».

— Está bueno, jefe—contestaron a coro.

— General—rectificó Felipe.

— Está bueno, general—respondieron.

«MALA SUERTE» RESUCITA

Cuando dejamos a «Mala Suerte» lo conducían muerto (?) a la taberna de Radilla. Poco después de ser depositado en una cama y de ser encendida cuatro largas velas, que remataban las esquinas, empezaron a llegar sus amigos que acudían a rezar una oración ante el cadáver.

Muy a disgusto de Radilla pasaron a la habitación en donde yacía y descubriendo sus cabezas comenzaron a rezar.

—¡Pobre «Mala Suerte»!—suspiró uno—. ¡Con lo bueno que era!

—Muy bueno, sí—asintió otro—. ¡Pero cuidado que era «agarraos»!

—Tienes razón—corroboró un tercero—. No convidaba a beber así lo matarán.

La llegada de Radilla puso fin a estas reprobaciones de los amigos de «Mala Suerte».

—¡Venga! Ya está bien! ¡Fuera todos!

Aun se oyó otro comentario:

—¡Pensar que se ha muerto sin que me pagara los cien pesos que me debía!

Radilla cerró la puerta tras el último de los amigos de «Mala

Suertes. Después, dirigiéndose al cadáver, dijo con la mayor naturalidad:

—Ya puedes levantarte, «Mala Suerte».

Si alguien hubiese oído dirigir estas palabras a un muerto, habría pensado que quien las pronunciaba estaba loco; pero si, después de esas palabras, hubiese visto que el muerto obedecía a ellas levantándose, no le hubiese cabido la menor duda de que al que le faltaba el juicio era a él mismo.

—¡Maldita sea!—exclamó «Mala Suerte» cuando se hubo levantado—. ¡Mira que tener que aguantar lo que han dicho esos estúpidos!

—Paciencia, «Mala Suerte»—respondió Radilla—, que el que te crean muerto te servirá para que no te cuelguen por haber matado al general—y añadió, riéndose—: ¡Ah! y también te servirá para que el chango ese no te pida los cien pesos que le debes.

«Mala Suerte» tragó saliva. En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Aprisa, aprisa!—apremió Radilla—. Hazte el muerto. No vaya a ser que sean los rurales (1).

Abrió la puerta y apareció en su marco la figura llorosa de Pascualito, sobrino de Chaflán, muchachote de dieciocho años.

—¡Ay, señor Radilla!—dijo, secándose las lágrimas—. ¡Qué desgracia!—suspiró—. ¡Ay qué pena!

—Pero, ¡suéltalo de una vez! ¿Qué ha sucedido?—preguntó Radilla.

—Chaflán—dijo entre sollozos—. Lo mataron cuando perseguían a don Salvador.

«Mala Suerte» pegó un salto de la cama al oír la noticia. A Pascualito se le cortó el llanto... y la respiración. Ver a un muerto que se levanta no es para menos.

(1) Cuerpo de policía montada que, a semejanza de los banderos de Tejas, tenían la misión de perseguir por todo el país a los criminales que huían de la justicia.

—¡Maldita sea!—rugió «Mala Suerte», indignado por la muerte de Chaflán—. ¡Ya me las pagarán!

Pascualito temblaba de pies a cabeza. Fue necesario que «Mala Suerte» le tranquilizara.

—¡Vamos, Pascualito, que no es para tanto!

—¡Ay, «Mala Suerte», si es que acabo de verlo resucitar!

—Aquí no ha resucitado nadie, porque tampoco ha muerto nadie. Tranquilízate, Pascualito, y vámonos a ver a don Salvador, para comunicarle la muerte de tu tío—dijo «Mala Suerte», y agregó, despidiéndose de Radilla—: Adiós, Radilla. Si viene algún amigo mío a ver mi cadáver, dile que ya me has enterrado.

—Adiós, «Mala Suerte», y ¡cuidado con los rurales, no te vayan a matar de veras!—respondió en broma Radilla.

* * *

No se arrepintió el padre Justino de haber admitido en su casa a Salvador. A los pocos días de convivir con él pudo apreciar las buenas cualidades que le adornaban, su educación, su amor sincero por Carmela y algo que cautivó tanto a él como a su hermana Guadalupe: su voz.

Raro era el día en el que no regalase el oído de Carmela con una linda canción. Su voz melodiosa solía cantar estas estrofas:

Ruégale a Dios, bien de mi vida,
que jamás nos separe en nuestro amor.
Ruégale a Dios, niña querida,
que santifique nuestra unión.
Yo he prometido, por tu cariño,
ser manso de corazón;
todo jalisco podrá enfrentárame,
que consumada ya mi venganza
murió en mí el valentón.

Ruégale a Dios, bien de mi vida,
que perdone la sangre derramada
y otorgue una paz confortadora
a Salvador Pérez «El Ametralladora».
Que este nombre terrible hasta este instante
sea en México, por días venideros,
ejemplo de una vida fulgurante.
Y cuando mi pistola enmohezca sus gatillos,
olvidada de muertes y de luchas,
pídele a Dios que sólo sea empuñada
para defensa de una honra acrisolada.

Ruégale a Dios, bien de mi vida,
que jamás nos separe en nuestro amor.
Ruégale a Dios, mi bien amada,
que santifique nuestra unión.

Cierta mañana, estaba Salvador cantando esta canción a Carmela, cuando vio venir a dos jinetes a todo galope en dirección a la parroquia. No necesitaron estar muy cerca para que «Chava» reconociese que uno de los caballos era el que perteneció a «Mala Suerte».

Se preguntó extrañado quiénes podían ser los jinetes.

Poco a poco, a medida que se iban acercando, pudo distinguir los rasgos de sus rostros. Su admiración no tuvo límites cuando reconoció a «Mala Suerte» en uno de ellos. Se frotó los ojos tratando de borrar la ilusión óptica que creía padecer, fué en vano. Se pellizcó, también fué en vano. «Mala Suerte» estaba cada vez más cerca y ya no había duda alguna de que se trataba de él. Quiso, sin embargo, preguntar a Carmela para cerciorarse de que no era una ilusión lo que veía.

—Carmela—preguntó—, ¿es «Mala Suerte» el que viene a caballo?

La respuesta quedó ahogada por el ruido de los cascos de los caballos que pisaron el suelo de piedra del patio en el que se

hallaban Salvador y Carmela. Ambos jinetes se detuvieron y echaron pie a tierra.

—Buenos días, patrón—saludaron a coro.

—¡«Mala Suerte»!—exclamó admirado Salvador—. ¡Tú vivo!

—Sí, don Salvador. No fué más que un susto. Me asusté con los disparos y me desmayé—explicó «Mala Suerte», y añadió—: Además, el que me crean muerto me ha servido para que no me persigan por la muerte del general Carbajal.

—¿Qué alegría, «Mala Suerte», de que no te sucediera nada!—dijo jubiloso Salvador, y añadió—: ¡Sólo falta que vuelva Chaflán, y ya estaremos nuevamente los tres juntos!

—Don Salvador—atajó Pascualito, que había permanecido callado hasta entonces—. Mi tío Chaflán no volverá.

—¿Qué dices?—preguntó angustiado Salvador.

—Lo mataron, patrón—dijo «Mala Suerte».

La reacción de «Chava» fué violentísima.

—¡Malditos asesinos! ¡Juro que he de vengar...

La mirada de Carmela le contuvo.

—Salvador, no jures. Recuerda lo que me prometiste—reconvino cariñosamente.

«Chava» bajó la cabeza, arrepentido de haber olvidado la promesa que hizo a Carmela.

—Está bien—dijo, y añadió—: ¿Dónde habéis enterrado a Chaflán?

—Donde murió—respondió «Mala Suerte»—. Junto al camino cavamos la fosa y hemos colocado una Cruz.

—Pues bien—dijo Salvador—, esta noche iremos a rezar a su tumba.

* * *

Aquella tarde, para celebrar el regreso de «Mala Suerte», Salvador, Carmela, el extorero y Pascualito fueron a la feria que se celebraba en Totónico; Mucho se divirtieron en ella, y «Chava», impulsado por la alegría que inundaba su corazón, comenzó a cantarle una canción a Carmela;



EL NUEVO ASTRO DE LA PANTALLA

PEDRO INFANTE

en su primera creación «El Ametralladora»



— «El Ametrallador» ha
muerto.



—Pues verá— dijo «Ma-
la Suerte».



— Vamos deprisa, «Ma-
la Suertes».



— Padre, no sé lo que
debo hacer.



— ¡Ay que chispo!



— Pero, patrón (La carta
está bien clarita)



Formaban una popular
pareja.



— ¡Oros y bastos!



El dolor de Salvador era
muy intenso



Se miraron, sonriendo, a
los ojos



—¿Y si su hija no ac-
cede?



La cautiva nupcial sa-
lió del templo.



— ¡Escupe la verdad y
nada más que la verdad!



Cayó fulminado como
por un rayo.

¡Ay que chispo! ¡Ay que chispo!
De mi tierra de Jalisco
todo el mundo quiere ser;
pero sólo hay un Jalisco,
que es el que me vió nacer.

¡Ay que chispo! ¡Ay que chispo!
Un corazón de Jalisco
nunca se puede ofender,
pues el macho de Jalisco
nunca consiente perder.

¡Ay que chispo! ¡Ay que chispo!
Un valentón a Jalisco
un día osó desafiar,
todavía andan buscando
pedazos de su fealdad.

¡Ay que chispo! ¡Ay que chispo!
De la tierra de Jalisco
cuidado con las mujeres,
pues si su honor zahieres
pronto una balza digieres.

¡Ay que chispo! ¡Ay que chispo!
Que los charros de Jalisco
somos de armas tomar,
y al que hiere nuestra honra
sofemos perjudicar... ¡ja jaay!

Tres guitarristas del «mariachi» que actuaba en la feria, al oírle cantar, se dirigieron a la mesa en donde estaba sentado y le acompañaron con las guitarras mientras continuaban cantando:

¡Ay que chispo!... etc.

El público que había estado escuchando entusiasmado la canción de Salvador, premió su espontánea intervención con una gran ovación.

Salvador se puso entonces en pie y dijo a Carmela y a sus amigos:

—Vámonos ya, hemos de ir a la tumba de Chaflán.

Se levantaron todos y, montando en sus caballos, emprendieron el camino hacia el lugar donde reposaban los restos de Chaflán.

Ya muy avanzada la noche llegaron al recodo donde estaba la tumba y, desmontando de sus caballos, se arrodillaron ante ella.

Después de unos minutos de oración, se levantaron y montando nuevamente a caballo emprendieron el camino de regreso.

Aquella cornitiva, triste y pensativa, estaba dominada no precisamente por el acto de haber ido a visitar la tumba del buen amigo Chaflán, sino también por los acontecimientos que se desarrollarían.

Carmela estaba apenada al ver a su novio ensimismado y decidido a tomarse la venganza por su mano.

Salvador, esperando el momento de cumplir la venganza prometida y terminar de una vez con los malvados que asesinaron a sus padres y a su buen amigo Chaflán.

Los demás acompañantes, cabizbajos, seguían el sendero pensando en la valentía de Salvador y los peligros que iba a correr si, como estaban ciertos, persistía en su idea fija y tenaz de vengar sus ofensas y el recuerdo de sus antepasados.

La luna asomaba por unos nubarrones como testigo de aquel cuadro lúgubre, en que unos hombres temblaban de emoción al

perseguir a unos criminales que habían apartado a Salvador de la senda de la tranquilidad y de la felicidad.

Poco a poco fué ensombreciéndose el firmamento y algún que otro trueno dejó oír su lúgubre sonido, al tiempo que algún relámpago rasgaba las nubes, dando la sensación de que la naturaleza también quería asociarse a la pena que embargaba a aquellos corazones.

PLANES DE BODA

Coaccionado por el intrigante y maligno Felipe, el cual gozaba con hacer todo el daño que podía, el anciano Salas no tuvo otro remedio que iniciar el maquiavélico plan que éste había ideado, exprimiendo su fértil imaginación, ágil, para poner en marcha toda clase de siniestros proyectos. Así, pues, el viejo se dirigió a la vecina villa de Totonico. Una carta que había recibido de puño y letra de su hermano Justino, en la que, entre otras cosas y asuntos, le notificaba que su hija Carmela se hallaba desde algunos días con él.

Llegó en un instante oportuno, pues sólo estaban en la casa el padre Justino y Guadalupe. Fue recibido cariñosamente, deshaciéndose el sacerdote y la sirvienta en demostraciones de afecto y bienvenida. En el momento de llegar, Carmela y Salvador no se encontraban en la casa, pues habían marchado a pasar el día a la cercana feria comarcal, que se celebraba en el prado comunal de Totonico.

Después de las primeras manifestaciones, el padre Justino le preguntó a su hermano después de abrazarle:

—¿Qué te trae por aquí? ¿Acaso vienes a dar tu consenti-

miento para que case a Carmela y Salvador? Suerte que tiene la rapaza, pues jamás podía haber tropezado con un hombre tan íntegro y que la quisiera tanto como Salvador. Buen chico pero algo impulsivo...

Salas interrumpió la perorata entusiasta del sacerdote, que simpatizaba profundamente con el joven novio de su sobrina. Así que haciendo un gesto ambiguo le dijo:

—Todo lo contrario, mi querido hermano. Si acaso, vengo a impedir por todos los medios que esa boda se realice. No dudo que Salvador sea un muchacho de las cualidades que me dices. Sin embargo, no se le conoce ocupación definida. A Carmela le hace falta un hombre que le pueda hacer una vida agradable, sin alternativas de índole económica. Es decir, un hombre de buena posición, y yo conozco a uno que...

—No te comprendo —saltó el sacerdote, extrañado—. Creo que estabas completamente conforme con que se celebrase este enlace y ahora vienes con esos remilgos de segunda mano, tratando de impedir su unión que yo santificaré. Los dos muchachos se quieren y es justo que se casen. «Quid obligat consorcium...» —y aquí soltó un dicho latino, que a pesar de nuestra pericia clásica, nos creemos incapaces de traducirlo.

—Sí, Justino, sí. Lo he pensado bien. Salvador podrá ser todo lo buen chico que queráis, pero dime, ¿qué hace actualmente? ¿Trabaja en algo?

—No, desde luego que ahora no hace nada; pero eso no es obstáculo. Si se casan pueden seguir viviendo con nosotros hasta que se inicien las faenas agrícolas de recolección; entonces le será fácil a Salvador conseguir trabajo en cualquier estancia o rancho.

—Mucho te lo agradezco, Justino; pero lo que tú me ofreces no es ninguna solución. Creo que, como padre, estoy en mi perfecto derecho al exigir que el que se ha de casar con mi hija trabaje y se gane la vida honradamente. Lo demás son macanas, y no creo desear mucho con ello, puesto que ¿qué menos puede querer un padre verdaderamente cariñoso como yo que lo mejor para su hija y que la quiera un hombre de sólida fortuna y posi-

ción? Además, eso de quererse ya no se estila ahora. En nuestros tiempos, cuando yo me casé, comprendo que lo hiciera por amor, pero además, ahora que ha adelantado tanto el mundo, el amor está de capa caída.

—Mira, no me vengas con tonterías. Te desconozco cuando hablas así, ¿qué propósito traes? Además, el amor, por el que tú te casaste impera tanto o más en la actual generación que en la nuestra ya pasada. Yo, pobre cura de aldea, que no he conocido más que el amor divino, te puedo hablar así porque todos los peones y muchachas casaderas me han tomado por mentor y guía y por lo tanto puedo conocer el corazón humano con todas sus flaquezas mejor que tú. Mi carrera sacerdotal me faculta para ello, y Dios me inspira y me ilumina para dar consejos y abatir ánimos más rectos que el tuyo. No sigas en esa posición, pues entonces te tendré que hablar duramente y decirte unas cuantas verdades que nunca te cantó porque eres hermano mío. Si los dos jóvenes se quieren déjalos en paz, no estorbes su puro cariño y da tu consentimiento de una vez. —Aquí interrumpióse al ver a Salas que movía dubitativamente la cabeza; queriendo aprovechar su vacilante estado de ánimo, continuó conciliador—: Pero ¿por qué no das un plazo a Salvador a fin de que se gane la vida con un continuo y honrado trabajo? —preguntó al fin el padre Justino, empleando, sin dario apenas cuenta, términos idénticos a los que había usado su hermano anteriormente.

—Está bien—contestó Salas, abrumado ante las consideraciones del buen sacerdote—. La concedo a Salvador un plazo improrrogable de quince días. Si transcurrido este tiempo Salvador continúa sin trabajo verdaderamente definido, le descartaré como futuro marido de mi hija y ya no se hablará más de boda. ¿Entendido?

—De acuerdo — respondió el padre Justino, satisfecho en parte de haber sacado alguna concesión a su hermano—. Yo te garantizo que dentro de quince días darás tu consentimiento para la boda.

Dicho esto, se despidieron cordialmente, y Salas se alejó mientras el sacerdote se le quedaba mirando pensativo.

Al abandonar la casa de su hermano, Salas no podía más. El recordimiento por la coacción de que estaba haciendo objeto a su hija le atenazaba el alma. Sin embargo, la vida le obligaba a ello. Y una ardiente lágrima de dolor surgió silenciosamente su mejilla.



El bien hubiera querido hacer la felicidad de su propia hija y aun del mismo Salvador; pero las circunstancias le obligaban a obrar en contra de su voluntad y buenos deseos.

Quedóse un rato pensativo, deteniendo los pasos, y meditó un momento, haciendo una especie de acto de contrición; pero no encontró entre su atormentado pensamiento ningún camino ni solución al desfallecimiento que sentía.

Una lucha interna entorpecía sus ideas, y le era imposible tomar otra determinación que hiciera cambiar sus planes.

Aquello era superior a sus fuerzas y el pobre hombre no tuvo más remedio que persistir con su pesadilla y esperar los acontecimientos.

Mientras, el sencillo padre Justino elevaba sus preces al Creador, esperando que Dios iluminara a su hermano, al cual le quería de todo corazón y sentía como propias las penas suyas.

Allí, de rodillas, imploraba con acendrado fervor, esperando que sus sencillas oraciones obraran un milagro favoreciendo a su hermano.

A la vuelta de ambos jóvenes de la feria, en la que se habían divertido grandemente, el padre Justino transmitió a Carmela las pretensiones de su padre y no pudo evitar que ésta se llevara un disgusto. Salvador permanecía silencioso y pensativo. No le resultó muy difícil a Carmela comprender que el motivo de la oposición de su padre a su boda con Salvador, porque éste no trabajaba, no era sino un pretexto tras el que se escondía la maquinación de un hombre odioso: Felipe Carbajal.

Ya en otra ocasión había sido *requerida* de amores por Felipito y sabía que su padre había sido coaccionado entonces, aprovechando unos negocios en los que el general Carbejal debía prestarle su apoyo económico, para que la obligara a casarse con él. Por ello, era natural que esta vez supusiera que existían manejos de Felipito tras las pretensiones de su padre.

Quiso, sin embargo, agarrarse a la única esperanza que su padre le había dado y encareció a Salvador para que consiguiese trabajo en el plazo fijado.

UNA IDEA DE «MALA SUERTE»

Despidióse Salvador de su novia Carmela, y empezó a deambular por las calles y paseos, pensando en la solución que Carmela le había dado.

Rascábase la cabeza, como si con aquel ademán pudieran salir ideas de su atolondrada mollera.

Trabajar... éste era su problema.

¿Qué haría?

No lo sabía, y era cuestión de animarse y tomar una determinación rápidamente.

Lo primero que se le ocurrió fué ir a encontrar a sus amigos «Mala Suerte» y Pascualito; pero aquéllos no tenían ideas propias ni podían hacerle sugerencias de ninguna especie.

Lo pensaría, pero, de todas maneras, como que siempre ven cuatro ojos mejor que dos, quién sabe si entre todos encontrarían una solución a la situación embarazosa en que se encontraba.

Así discuriendo, determinóse, pues, y adelantando el paso, como quien ha tomado ya una determinación fija, fué en busca de sus amigos. Detúvose a poco de nuevo y la desanimación reinó otra vez en su cerebro.

Poco acostumbrado a enfrentarse con la vida, volvía a desanimarse. No tenía idea ni voluntad propia.

¿Qué hacer?...

Salvador no hacía más que dar vueltas aquella mañana, «Mala Suerte» y Pascualito le seguían como su sombra.

—Bueno, don Salvador, ¿se puedo saber lo que hacemos dando vueltas? Llevamos más de tres horas así y no nos ha dicho palabra—dijo «Mala Suerte».

—Si fueras más inteligente—respondió Salvador—, os pediría consejo.

—Ya sabes, Pascualito—dijo «Mala Suerte», pasando el plomo a su compañero—. Si fueras más inteligente, te pediría consejo a ti, pero como no lo eres me lo va a pedir a mí —y dirigiéndose a Salvador preguntó—: ¿De qué se trata, patrón?

—Se trata—respondió «Chava», dando una entonación lenta a sus palabras para recalcar bien su significado— de que me digas cómo puedo ganarme la vida honradamente.

Sobre «Mala Suerte» cayeron en ese momento mil kilos de plomo. Se sentía abrumado. Hacía mucho tiempo, si es que alguna vez lo había sabido, que había olvidado cómo se ganaba el dinero honradamente.

Se rascó la cabeza, queriendo extraer de su mohoso cerebro alguna idea. Al fin, preguntó como si no hubiera entendido bien las palabras que le había dicho «Chava».

—¿Ha dicho usted honradamente, don Salvador?

—Honradamente?—inquirió a su vez Pascualito, que se hallaba ante el mismo problema que «Mala Suerte».

—¿Lo que se dice «honradamente»? —«Mala Suerte» hacía esta pregunta de nuevo con la esperanza de que Salvador no diera a esa palabra todo el rigor de su significado.

—Si eso es—la respuesta de «Chava» no dejaba lugar a dudas.

Empezaron nuevamente los tres a dar vueltas, nerviosos. En una de ellas, al levantar casualmente la vista, «Mala Suerte» se fijó en un cartel que había en la fachada de una tienda.

«Se traspasa», decía el rótulo.

—Doni Salvador, ¿tiene usted todavía los veinte mil pesos que ganó en la carrera —preguntó.

—Sí —respondió «Chava»—. ¿Por qué lo preguntas?

—Mire usted —dijo, señalando el establecimiento—: podemos hacernos comerciantes y ganar el dinero horradamente.

Salvador vió el cielo abierto con el descubrimiento de «Mala Suertes». Sin decir palabra a sus compañeros se dirigió presuroso a la tienda y, entrando en ella, saludó:

—Buenos días: ¿Es usted el dueño?

—Sí. ¿Qué desea?

—Traspasar el negocio.

—¿Tiene dinero para pagar al contado?

—Sí —asintió Salvador.

—¿Cuánto?

—Veinte mil pesos.

—Bueno, por ser ustedes les doy el comercio en ese precio.

Salvador entregó veinte billetes de mil pesos al dueño del establecimiento, quien les extendió rápidamente un recibo, y saltando a la torera el mostrador se despidió:

—Adiós. ¡Que tengan suerte y prosperen!

Tan rápidamente se efectuó el trato que a Salvador apenas si le dió tiempo a recorrer con su mirada el establecimiento que había adquirido. Por ello, lo examinó detenidamente, y después dijo, animoso, a sus amigos:

—¡Ea, a trabajar! ¡Hay que despachar a todo el que entre!

Se colocaron detrás del mostrador y esperaron que llegaran los clientes. Esperaron... y empezaron a darse cuenta de por qué el comerciante había cerrado el trato tan rápidamente, marchándose tan aprisa: en aquella tienda no entraba ni el aire.

Salvador no se amilanó por eso. Buscó el motivo de la falta de clientela y al poco rato lo encontró. En una de las paredes habían un cartel de letras renegridas que decía:

«Hoy no se fia, mañana sí».

«Chava» tiró un bote de tomates contra el cartel y éste cayó al suelo. «Mala Suertes» y Pascualito, que se habían quedado dormidos de aburrimiento, despertaron.

—¡Muchachos, a trabajar! ¡Hay que hacer propaganda!—exclamó.

A los pocos minutos de esta resolución de Salvador, «Mala Suerte» y Pascualito desfilaban por las calles de Totonico con sendos carteles que decían:

«Usted pone la panza y nosotros la mercancía», «Hoy se fía, mañana no».

No bien hubieron llegado a la tienda, de regreso de su paseo publicitario, comenzaron a llover clientes y más clientes. Salvador y «Mala Suerte» despachaban sin cesar, en tanto que Pascualito anotaba lo que los clientes compraban a crédito.

Tal fué el efecto que surtió esta propaganda que hasta Guadalupe llegó la noticia de que en Totonico se habían establecido unos honrados comerciantes que vendían sus artículos a crédito, sistema de venta que hasta entonces no se había empleado en aquella localidad.

Cuando Guadalupe recibió esta noticia, quiso aprovechar la ventaja que este sistema ofrecía, y cogiendo su capacho se dirigió hacia la tienda sin necesidad de tener que pedir dinero —del que siempre estaban muy escasos— a su hermano Justino.

Grande fué su sorpresa cuando al entrar en el establecimiento vió a «Mala Suerte» —con quien ya había empezado a coquetear desde que éste llegó a Totonico para comunicarle a Salvador la muerte de Chaflán— que estaba despachando detrás del mostrador.

—¡Qué sorpresa, «Mala Suerte»! ¿Usted por aquí?—exclamó.

—Ya me ve, Guadalupe de mis entrañas—dijo, poniendo mucho apasionamiento en esas castizas palabras.

—¿Pero qué es lo que hace metido detrás de ese mostrador? ¿No me irá a decir que ha comprado la tienda?—preguntó, extrañada.

—No la he comprado yo. La ha comprado don Salvador, que es casi lo mismo. Y me ha nombrado a mi socio industrial para la venta al por mayor de alpiste y cañamones—respondió en guasa «Mala Suerte», dándose una graciosa importancia al decir su camelístico nombramiento.

Guadalupe rió de buena gana la ocurrencia de «Mala Suerte». Una mujer que estaba en la tienda esperando que la despacharan les interrumpió:

—¿Es que no despacha nadie en esta tienda?—protestó.

—No se impaciente, ya la atenderán—dijo «Mala Suerte», pues no quería interrumpir su conversación con Guadalupe.

—¡Pues atiéndame usted!—protestó nuevamente la mujer.

—Cállese usted, señora. Que para esos manesteres tengo yo a mi secretario particular—le contestó «Mala Suerte», y llamó—: ¡Pascualito!

—¿Qué desea, «Mala Suerte»?—contestó el muchacho, asomando la cabeza entre un montón de papeles en los que apuntaba las compras de los clientes.

—Atiende a la señora—le ordenó «Mala Suerte».

Cuando terminó de interrumpirles la buena mujer, Guadalupe continuó la broma:

—¡Qué importante es usted! ¡Nada menos que socio vendedor al por menor de alpiste industrial y cañamones!—dijo, alterando y cambiando graciosamente el orden de las palabras que le dijera «Mala Suerte».

—¿Importancia eso?—respondió, fingiendo desprecio, y añadió—: ¡Cómo se ve que no me ha conocido cuando era matador de toros!

—¿Que ha sido usted matador de toros?—preguntó incrédula Guadalupe.

—Y de los mejorcitos—dijo «Mala Suerte» quitándose la chaqueta para hacer con ella una exhibición de su arte taurino.

Dió dos pases con mucho salero.

—¡Olé!—¡aleó Guadalupe!

Dió otros dos pases más. La chaqueta quedó enganchada en una de las estanterías. «Mala Suerte» tiró... y una lluvia de latas de conserva premió su actuación.

Cuando los dos se repusieron del susto que la lluvia de conservas les ocasionó, rieron de buena gana: la cosa no dejaba de tener gracia.

El ruido que se produjo hizo que Salvador saliera de la trastienda. Cuando vió el estropicio que «Mala Suertes» había hecho, quiso reprimirle, pero al ver a Guadalupe se contuvo.

—¡Pero «Mala Suertes», no hagas esperar a la señorita! —Guadalupe sonrió complacida al oírse llamar como a una chica joven. — ¡Despáchala! —ordenó, marchándose nuevamente a la trastienda.

—¿Dígame en lo que puedo servirle?—preguntó «Mala Suertes», adoptando la actitud cortés de un perfecto dependiente.

—Chocolate, harina y un trozo de jabón.

«Mala Suertes» le trajo todo lo que le había pedido.

—¡Ah!, se me olvidaba. También necesito un poco de sal.

—¡Caramba! No le basta con la que tiene.

—¡Guasón!—exclamó, coqueta, agradeciendo el piropo.

—¡Rechula! Mañana mismo voy a montar una sección de floristería para regalarle a usted todas las flores.

—Para flores, sus piropos me bastan —dijo, metiendo sus compras en el capacho y haciendo ademán de marcharse.

—Los piropos son mi especialidad.

—Pues póngalo usted en un cartelito fuera, ya verá las mujeres que le llueven.

—No me interesa ninguna. Sólo la quiero a usted.

Guadalupe puso los ojos en blanco. La declaración de «Mala Suertes» le había llegado al alma.

Salvador salió nuevamente de la trastienda. Al ver todavía allí a Guadalupe, increpó a «Mala Suertes»:

—¡Cómo, aun no la has despachado!

—Sí, patrón.

—Está bien. Es que al verla aquí...—se excusó «Chava».—Adiós, Guadalupe.

—Adiós... Adiós —se despidió Guadalupe, separándose con pena de «Mala Suertes».

—Adiós—respondió éste.



Cuando por la noche cerraron el establecimiento, estaban casi agotadas todas las mercancías. Salvador se frotó las manos de alegría; tenía un negocio con el que ganarse la vida honradamente y ya podía aspirar a casarse con Carmela.

Llevado por el deseo de comunicar personalmente esta noticia a su prometida, se dirigió presuroso a casa del padre Justino. Al salir del establecimiento, un recadero le entregó una carta. Salvador la abrió: era de la Cámara de Comercio de Totonic, y en ella se le comunicaba que había sido nombrado miembro de dicha institución, invitándole, además, a un baile que se iba a celebrar organizado por todos los comerciantes de la aldea.

Comunicó el contenido de la carta a «Mala Suerte» y Pascualito. El extorsor preguntó, sonriente:

—Patrón, ¿irá usted con Carmela?

—Naturalmente.

—¿Me permitirá que vaya con Guadalupe?

—No es a mí, sino a ella a quien debes pedir el consentimiento.

—Entonces seguro que iremos, patrón—dijo «Mala Suerte», guiñando un ojo pícaramente.

Quedóse «Mala Suerte» como quien ve visiones, y pensó en seguida con qué podía ir a buscar a su novia Guadalupe y pasar una noche divertida, concretando ya las relaciones formales que deseaba entablar con ella y determinar el día del casamiento.

Aquello era hermoso.

¿Sería verdad que le querría a él?

¿Qué le diría?

El, que nunca se había tomado la vida en serio, ahora tenía la impresión de que empezaba una nueva vida para él; sería feliz y dichoso, constituiría una familia y tendría hijos, suprema ilusión suya.

MIEMBROS DE LA CAMARA DE COMERCIO

El baile de la Cámara de Comercio se celebró con la mayor animación. Las serpentinas de colores, los alegres farolillos, la gran profusión de guirnaldas de flores y otros muchos bellos adornos, ponían con su policromía notas de alegre colorido en la sala.

La sala presentaba brillante aspecto.

Todo lo más florido de la localidad y sus alrededores se había congregado allí, haciendo acto de presencia, y la animación era grandísima.

Las mujeres, ataviadas con sus trajes más hermosos y con peinados que hacían resaltar su belleza, era de un efecto deslumbrador.

El presidente de la Cámara de Comercio hacía los honores a medida que iban entrando los invitados y las parejas se iban sumando a los que bailaban a los acordes de la orquesta de «marachis» que atronaban el local con sus canciones más en boga y de un sabor netamente local.

Se había anunciado ya la asistencia de Salvador y su novia Carmela, y como eran muy conocidos y tenían muchas simpatías, eran aguardados con gran entusiasmo.

Continuaba el baile y la animación era completa.

A poco se hizo un silencio y uno de los porteros anunció a nuestro Salvador y Carmela.

Hizose el silencio y las parejas se detuvieron esperando la llegada de los anunciados con aire de curiosidad.

Salvador entró del brazo de Carmela. «Mala Suerte» le seguía acompañado de Guadalupe.

El presidente de la Cámara de Comercio, al verlos entrar, se dirigió hacia ellos.

—¡Bienvenidos! —saludó—. Permita, don Salvador, que le presente a todos los comerciantes de nuestra ciudad.

—Tendré mucho gusto en conocerlos—fué la respuesta cortés de Salvador.

—Tengo el honor de presentarles—dijo en alta voz el presidente, dirigiéndose a todos los que se hallaban presentes— al honrado comerciante y benefactor de esta ciudad don Salvador Pérez Gómez.

Una salva de aplausos saludó a la presentación: Salvador era ya popular debido al sistema de venta a crédito que había establecido en Totonic.

Salvador sonrió agradecido, haciendo una pequeña reverencia para corresponder a los aplausos que le habían dirigido. Carmela se sentía orgullosa de su prometido.

Uno de los que asistía al baile y que le había oído cantar en la feria se dirigió hacia él y le rogó:

—Por favor, cante usted el «¡Ay qué chispo!»

—¿Querrá usted decir «¡Ay qué chispo!».

—Bueno, lo mismo da; pero cántelo usted.

Salvador dirigió una mirada inquisitiva a Carmela, como buscando su aprobación.

—Cántalo, «Chavas» —dijo—; no te hagas rogar.

—Está bien, allá voy.

Se subió a la plataforma donde actuaba el «mariachi» y dijo a los muchachos:

—¡Música! Voy a cantar el «¡Ay qué chispo!».

Los ágiles dedos de los guitarristas rasgaron sus instrumentos. Salvador comenzó a cantar con voz potente, melodiosa y segura:

¡Ay qué chispo, ay qué chispo!
De la tierra de Jalisco
todo el mundo quiere ser;
pero no hay más que un Jalisco,
que es el que me vió nacer.

¡Ay qué chispo, ay qué chispo!
Las mujeres de Jalisco
no se deben ofender,
pues siempre hay algún macho
que las sabrá defender.

¡Ay qué chispo, ay qué chispo!
Los amores de Jalisco
no se pueden traicionar,
porque siempre hay dos pistolas
para saberlos vengar.»

Las dos bellas cantantes del «mariachi» se acercaron a Salvador y apoyando melosamente sus cabezas en los hombros de éste, repitieron a dúo la canción que había cantado:

¡Ay qué chispo, ay qué chispo!, etc...

Carmela sintió celos; pero, afortunadamente, la canción terminó pronto y Salvador no se separó ya de ella durante todo el baile.

En tanto que todo esto sucedía, Guadalupe y «Malé Suertes» no se separaron un solo instante. Charlaron por los codos y bailaron como peones.

—Baila usted como una pluma—dijo Guadalupe, encomiando las facultades coreográficas de «Mala Suerte».

—Ya lo creo. Como una pluma, pero... estilográfica. Porque me está usted haciendo sudar tinta—bromeó «Mala Suerte».

Efectivamente, Guadalupe era algo entrada en carnes y resultaba casi menos trabajoso bailar con un piano.

Siguieron bailando.

Después, sucedió... lo que tenía que suceder. Entre la alegría y la música de aquella fiesta se acordaron dos bodas. Dos bodas que un malvado, en esos mismos instantes, trataba de deshacer.

Carmela estaba radiante, pues por fin veía realizarse los sueños de enamorada.

Salvador también estaba satisfechísimo, si bien en su interior comprendía que la felicidad no sería completa, pues había que vencer una muralla que les separaba.

No podía olvidar a Felipe Carbajal, que sabía que no cejaría en su empeño, y estaba determinado a darle la batalla. Estaba también prendado de Carmela, y aunque ella no le correspondía, recurriría a todos los medios más o menos lícitos para conseguir su empeño.

¿Quién vencería a quién?

La batalla estaba empeñada; había un amor de por medio y el trofeo era una bella moza.

NUEVOS DESMANES DE «EL AMETRALLADORA»

Con gran alegría vió el padre Justino llegar una tarde hasta su casa a su hermano Salas que venía acompañado de otro jinete. Algo se enfrió, sin embargo, esta alegría cuando después de las presentaciones supo que el joven que le acompañaba era el tan nombrado Felipe Carbajal, del que había oído hablar — no muy bien, ciertamente, a su sobrina Carmela. Asimismo, más de una moza del pueblo habíale venido con quejas y llantos hablándole de agravios recibidos del tal Felipe.

Mientras los dos hermanos y Carbajal tomaban unas tacitas de tequila debajo del frondoso emparrado que circundaba la casa, el padre Justino miró inquisitiva y disimuladamente al joven. Ante él tenía un rostro en el que estaban impresos los estigmas del vicio y la disipación. En cuanto a su conversación, aunque procuraba disimularlo, comprendió por ella que era un hombre sin principios morales de ninguna clase. La misma forma en que se sentaba, afectada e indolente, y su indumentaria extravagante y recargada, no decían nada en pro de su persona.

—Bien, hermano—dijo el padre Justino, queriendo iniciar el asunto que más le importaba—. ¿supongo que estarás enterado de que Salvador trabaja y se gana la vida honradamente? ¿Darás tu consentimiento ahora para su boda con Carmela? Ya no existe el gran motivo de impedimento que me decías...

—Mucho lamento, querido Justino, tener que contrariarte—le interrumpió Salas con voz turbada—. Has de saber que Salvador no se gana la vida tan honradamente como creéis por aquí. Salvador tiene su cabeza puesta a precio. Después de desvalijar a gente conocida la asesina impunemente. ¡Salvador roba y Salvador mata! Ya lo sabes. Has estado albergando bajo tu techo a un criminal y a un ladrón. Cria cuervos y te sacarán los ojos...

—¡Imposible! Todo eso no es más que una infame calumnia—protestó indignado el padre Justino, poniéndose de pie de un salto.

—No son calumnias—aseguró Felipe, esbozando una sonrisa sardónica—. El camino real ha sido atacado hace dos o tres días por él. No podía ser otro, pues persona de tanta audacia y destreza no he conocido en mi vida. Me sorprende en sumo grado la buena opinión que tiene usted de él, y más que pretenda casarse con la hija de mi buen amigo Salas, su sobrina.

—Perdóne usted, Felipe; pero no consiento que hable de Salvador ante mí de esa forma. Mi traje talar no me permite dar a ese infundio la contestación que merece. Sin embargo, será el mismo Salvador quien dé a sus difamadores el castigo merecido.

—Desdichadamente para Salvador, conocido mejor por «El Ametralladora», sus crímenes han sido probados. ¡Pues qué mejor prueba que un cargamento de pulque asaltado! Después de una violenta refriega todo el convoy ha sido incendiado por él, y sus conductores murieron asesinados. Y a fin de castigar este crimen, en estos momentos una partida de rurales se dirige hacia aquí con la orden de prenderle y ahorcarlo.

—¿Pero cómo han podido demostrar que eso es cierto?—preguntó el padre Justino, anonadado por la impotencia de los cargos que se le imputaban a Salvador.

—¿Cómo se podría explicar, sino que regale la mercancía de su establecimiento—dijo Felipe—. ¡Vende a crédito a gente sin dinero! ¡Eso es igual que regalar la mercancía!

—Como comprenderás, Justino—terció Salas—, yo no puedo consentir que mi hija se case con «El Ametrallador», más cuando Felipe Carbajal la quiere en matrimonio. Por consiguiente, mañana, que Salvador ya habrá sido ahorcado, quiero que se celebre la boda de Carmela con Felipe.

El tono de voz de la conversación había ido subiendo cada vez más debido al acaloramiento con que hablaban.

Carmela y Salvador, que regresaban del baile de la Cámara de Comercio, llegaron a tiempo para oír, desde la puerta y sin ser vistos, las palabras que pronunció Salas.

Carmela palideció. En un solo segundo se habían desvanecido todas las ilusiones que alimentaban su espíritu.

Salvador contrajo los labios en un rictus de fiera. Instintivamente se llevó las manos a los costados para extraer sus justicieras pistolas, pero... desde que se las entregó a Carmela no habían vuelto a ocupar su sitio.

Ambos se percataron, por las pocas palabras que pudieron oír, de que la situación era apuradísima. Vino a confirmar sus temores «Mala Suerte» que, jadeante, llegó hasta ellos.

—¡Huyamos, patrón, los rurales vienen por nosotros!

—¡Espera, Salvador!—dijo Carmela, y entrando en la casa por una puerta trasera, volvió a salir al poco rato con las pistolas de «Chava». ¡Toma, Salvador, para que puedas defenderte!—dijo, entregándoselas.

Salvador besó rápidamente a Carmela y le dijo:

—No quiero que huyas conmigo, pues arriesgarías tu vida. Entra en la casa y no te preocupes por lo que has oído de tu boda con Felipe. Yo te aseguro que no se celebrará.

Después de decir estas palabras, Salvador y «Mala Suerte» montaron en sus caballos y a todo galope se dirigieron en busca de Pascualita para emprender la fuga los tres juntos.

El padre Justino insistió aún cerca de su hermano para que

desistiera de su desdichada determinación, pero era inútil; aquel hombre estaba atado de pies y manos a Felipe, y no podía retroceder.

Felipe estaba satisfecho; veía al padre de Carmela que estaba determinado a secundar sus infames planes y no dudaba de que conseguiría su insana maldad.

DOBLE BODA

Cuando se marchó Salvador, sacando fuerzas de su flaqueza, Carmela entró en la casa. La sorpresa de todos fué extraordinaria.

Carmela, llorosa, insistía cerca de su padre, pero era inútil:

—Padre, por Dios, mira lo que estás haciendo, que te juegas el porvenir mío y mi felicidad. No sabes bien que me arrojas a los brazos de este mal hombre al que conocen todas las muchachas del pueblo.

—Es inútil, Carmela—le contestó su padre—. Tú estás delirando, y no tienes el juicio libre para saber escoger lo que más te conviene.

—Padre, yo te lo ruego. Mi corazón pertenece a Salvador, y te prometo que nada ni nadie torcerá mi voluntad. Seré de Salvador pese a todo.

El padre Justino hubiese deseado que no llegase nunca, para que su boda con Felipe no se pudiera celebrar.

Salas se sintió avergonzado por la mala acción que había cometido al acusar a Salvador de crímenes de los que no era culpable, separar así a su hija de su verdadero amor, para casarla con un malvado.

A Felipe le brillaron los ojos. Miró a Carmela con la misma expresión sangrienta de un gavilán que divisa a una paloma.

Carmela se dirigió a su habitación sin saludar. Su estado de ánimo le impedía hablar y menos con quienes habían provocado su crisis sentimental. No pudo evitar, sin embargo, que Felipe la siguiera y entrara en su habitación detrás de ella.

—Carmela, ¿qué te sucede?, ¿por qué no saludas?

Carmela rompió a llorar.

—¡Desalmado!—dijo entre sollozos—. ¡Canalla, sé que me queréis obligar a que me case contigo!

Las imprecaciones que dirigió a Felipe consiguieron serenarla un poco.

—No te desesperes, Carmela. Ya te acostumbrarás a ser mi mujer, que a todo se acostumbra uno en esta vida.

—No, Felipe; no me acostumbraré nunca a tu repugnante presencia. Podrás obligarme a que me case contigo. Podrás obligarme a que te abraze y te bese. Pero no podrás obligarme a que te entregue mi amor. Cuando te bese, mi espíritu estará besando a otro hombre y mis caricias también serán para otro hombre.

—No digas disparates, Carmela. Que una cosa es lo que el cuerpo siente y otra cosa es el alma, el amor, el espíritu; palabras necias que han inventado los poetas para hacerse tontos a sí mismos—dijo despectivo Felipe, añadiendo—: Mañana nos casaremos. Procura estar guapa para la ceremonia.



Fácil fué para Salvador y sus amigos burlar aquella noche a los rurales. No así a la mañana siguiente, pues sus perseguidores dividiéndose en pequeñas partidas, comenzaron a dar batidas por todos los alrededores de Totonic.

Uno de los grupos consiguió descubrir a «Chava» y a sus amigos, quienes, sin vacilar echaron mano a sus pistolas y comenzaron a disparar.

A los pocos minutos de pelea, sólo quedaba en pie uno de

los rurales, que Salvador no quiso matar para poder interrogarle, ya que no se explicaba el porqué de esa enconada persecución de que era víctima, si bien imaginaba que se trataría de alguna maquinación de Felipe para quitarlo de en medio y poderse casar con Carmela.

Viéndose perdido, el superviviente de los rurales tiró la pistola al suelo y gritó:

—Eh, no disparen! ¡Me rindo!

Salvador le dio orden de que avanzara con los brazos en alto, cuando llegó hasta él le preguntó:

—Dime, si no quieres que le dé gusto a los gatillos, ¿por qué me perseguís? ¿Era acaso porque logré fugarme el día de las carreras o eso ya lo habíais olvidado?

—Sí que lo habíamos olvidado, y además no sabíamos dónde se había refugiado, pero el otro día asaltaron un cargamento de bebidas y mataron a los conductores. Don Felipe Carbajal aseguró que había sido usted y nos dijo dónde estaba, por eso hemos venido.

Salvador no esperó a oír más, montó en su caballo y picando espuelas se dirigió a casa de Felipe seguido por sus dos compañeros.

Nada más cruzar la cerca que limitaba las propiedades de Felipe Carbajal, vio a un colono que asustándose de su presencia trató de esconderse.

—¡Alto, amigo!—ordenó «Chava», apuntándole con su pistola.—¿Por qué te escondes?

El colono volvió la cabeza todo tembloroso y miró a Salvador.

—Que me maten — exclamó «Mala Suertes» — si no es «Pierna Mala»!

El colono se sintió perdido. Era uno de los pistoleros a sueldo que tenía Felipe y «Mala Suertes» le había reconocido, pues él también estuvo en otros tiempos al servicio del general Carbajal.

—¡Hombre, tanto gusto en conocerte, «Pierna Mala»!—saludó burlón Salvador.—¿Dónde está tu jefe? ¡Contesta!

—No lo sé.

—Bueno—dijo Salvador—. Entonces me vas a decir si sabes algo de un cargamento de bebidas.

«Pierna Mala» palideció. Salvador lo interpretó como una confesión de culpabilidad, por ello quiso intimidarle más para hacerle hablar, y apuntando a su sombrero disparó. El sombrero rodó por el suelo.

—¡Di todo lo que sepas o de lo contrario apunto más bajo!—ordenó amenazador «Chava».

—¡No dispare!—suplicó el falso colono, cayendo de rodillas ante Salvador—. Le diré lo que usted quiera.

—Está bien; ¿qué sabes del asalto al cargamento?

—Fuimos nosotros los que lo asaltamos—respondió con voz temblorosa—. Don Felipe nos dio la orden, pues quería echarle la culpa a usted.

—¡Maldito traidor!—rugió Salvador entre dientes, refiriéndose a Felipe—. Dime ahora dónde está ese canalla.

—En la Parroquia. Casándose con la señorita Carmela.

A Salvador se le erizó el cabello. Su rostro se contrajo de indignación.

—¡Vamos volando hacia la Parroquia!—ordenó a «Mala Suerte» y a Pascualito—. ¡Encargaos de que venga también ese pistolero!—añadió, señalando a «Pierna Mala».

Ensilaron los caballos, y Pascualito cuidó de que cabalgara con él en el mismo caballo el bandido «Pierna Mala», no sin antes atarle las manos para mayor seguridad, y así, de esta forma, los tres emprendieron marcha veloz camino de la iglesia donde debía efectuarse el casamiento de su amada Carmela con el maldito Felipe.

El deseo de llegar a tiempo les daba alas a aquellos hombres que, en pos de la felicidad y la venganza de aquel hombre vil, sólo deseaban encontrarse frente a frente para hacer justicia y mostrar a todos que la maldad no consigue imponerse, pues tarde o temprano la ley y la justicia se imponen siempre.



El día de la ceremonia, Carmela lucía un lindo vestido blanco de novia con el que estaba realmente preciosa. Su pelo, negrísimo contrastaba enormemente con tanta blancura. Un tenue velo de tul, bordado y adornado con hermosísimos encajes, regalo de sus amigas aun solteras. Blancura en el traje, blancura en el rostro; porque Carmela estaba extraordinariamente pálida aquel día.

Realizando un esfuerzo sobrehumano, conseguía mantenerse en pie sin desvanecerse. Veía acercarse su desgracia y no podía evitarla. Confiaba tan sólo en una milagrosa intervención de Salvador, y esta confianza le daba alientos para no desmayarse. Pero, poco a poco, fué perdiendo esta esperanza, pues ya había comenzado la ceremonia y Salvador no daba señales de vida.

Llegó el momento decisivo de pronunciar el «Sí» y después las palabras del sacerdote:

—Yo os declaro marido y mujer.

—Todo está consumado, ya no hay solución alguna—pensó Carmela, y sintió deseos de morir.

Abandonaron el altar a los compases de la marcha nupcial de Mendelsson. Al salir del templo, los compases fueron ahogados por una música más violenta, pero que aun así para Carmela tenía mayor encanto: eran unas detonaciones que anunciaban la llegada de Salvador.

Al fin su esperanza se veía satisfecha. Ahora sí que creía en el milagro de su felicidad.

El revuelo entre los invitados a la ceremonia fué extraordinario. Felipe tembló, adivinaba que esos disparos habían sido hechos por «El Ametrallador».

Sus temores se vieron confirmados cuando vió a tres jinetes que doblaban la calle. Eran Salvador y sus amigos que venían acompañados por un colono suyo.

Su primera reacción, —reacción de cobarde— fué intentar huir. Después, pensó que él tenía la fuerza de la Ley de su parte y que poco podría contra él un prófugo como Salvador.

La expectación fué grande.

Toda el mundo apartóse, y quien más quien menos procuró ponerse a buen recaudo, pues seguían disparando y de momento nadie sabía a ciencia cierta a quien iban dirigidos aquellos disparos.

Pero como la curiosidad es mucha de ahí que procuraban, bien sea por el resquicio de las puertas, bien detrás de ellas y por balcones y ventanas, deseaban saber sobre las causas de tal alboroto, y aun más al ver llegar a Salvador galopando con sus amigos.

Felipe es el que más livido quedó, pues ya suponía que de aquel trance nada bueno podía ocurrirle.

«El Ametralladora» detuvo su caballo al pie de la escalinata de la iglesia y ante la expectación de toda la concurrencia dijo en alta voz:

—¡Señores! Perdonad que venga a interrumpir una ceremonia tan sagrada como ésta, pero sabed que lo hago en nombre de la justicia. Ese hombre que está ahí —dijo, señalando a Felipe— inmune contra todo mal pensamiento que podamos tener en contra de su dignidad, es ¡un criminal!

—No olvidéis, «Ametralladora», que vuestra cabeza está puesta a precio. ¡Medid vuestras palabras! —respondió Felipe, queriendo impresionar al auditorio con su serenidad.

Salvador no hizo caso a las palabras de Felipe. Hizo una seña a sus compañeros para que se acercaran con «Pierna Mala». Cuando estuvo a su lado, encañonándole con sus pistolas, le preguntó:

—¿Es cierto que fué usted quien asaltó el cargamento de bebidas? ¡Responda alto para que todos le oigan!

—Sí.

—¿Y que lo asaltó por orden de Felipe Carbajal?

—También es cierta.

—¿Para que luego se me imputara a mí esa fechoría?

—Sí.

Felipe perdió la serenidad, porque también había perdido la partida. Sacó sus pistolas del cinto y disparó contra su pistolero para evitar que siguiera acusándole. Iateritó también disparar

contra Salvador. Intentó... porque cuando apuntaba contra su corazón no pudo disparar: una bala que atravesó su frente se lo impidió. Salvador había disparado primero.

Felipe cayó pesadamente al suelo bañado en sangre, y en sus últimos momentos mostrando un fuerte dolor a la pena que atormentaba su conciencia en aquel trance y demostrando el arrepentimiento de su alma, sólo pudo balbucear:

—¡Perdón... perdón!...

Y expiró.

—¡Padre Justino!—dijo «Chava», dirigiéndose al párroco que se hallaba presente en esa escena—, ¡Cáseme con Carmela!

No se lo hizo repetir el sacerdote, pues le alegraba en extremo que se efectuara esta boda, si bien le dolía que para que estos dos seres alcanzaran la felicidad, se hubiese tenido que derramar tanta sangre.

Cuando estuvieron casados, Salvador ayudó a Carmela a montar en su caballo y volviendo grupas emprendió el camino hacia la frontera, seguido de sus dos fieles escuderos: Pascualito y «Mala Suerte». Nadie se atrevió a perseguirlos, pues todos reconocieron que en aquel instante moría «El Ametrallador» para dar vida a otro hombre que ansiando llevar una vida tranquila y honorable, lejos de aquellas tierras en que había llevado una vida tan turbulenta. En cualquier rincón del mundo establecerían su hogar. Sin embargo, ahora tenían que llegar a Río Grande, puesto que los rurales no tardarían en irles a la zaga.

Cuando se hubieron alejado un largo trecho de Totónico oyeron el sordo galopar de los cascos de un caballo detrás del suyo. Perdiendo su alazán, volvieron la vista atrás, y «Mala Suerte» por poco se cae del caballo de la impresión recibida. Guadalupe, que quería alcanzar como Carmela la felicidad con su amado más allá de la frontera, le sigue agitando alegremente un pañuelo. Felicidad que alcanzaron viviendo muchos años felices.

FIN DE LA NOVELA

LA CLASICA NOVELA CINEMATOGRAFICA

(150.000 letras de texto)

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

¡No quiero!... ¡No quiero!	José Benavente
Ud, tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Eran tres hermanas	Luisa Gargallo
Echemos	Emilia Allaga
Don Florentino	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
La última falta	Miguel Ligeró
Martingala	Nino Marchena
Raptos y uñas	Celia Cernat
Tierras y cielo	Maruchí Fresno
¡Al-alá!	Irma del Val
¿Quién me compra un fin?	Maruja Tomás
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
La toina mora	Pedro Tena
Maria de la O	García Arana
Alas de paz	Luz Valcá

EDICIONES

BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

La arlesiana	Raimu
Marius	Richard Dix
Manchuria	Gloria Swanson
Indiscreta	Brigitte Helm
Uez de nocetosa	Diane Karsenne
El collar de la reina	Carmela Horn
Moral y amor	Cary Grant
Casino del mar	M. Chevalier
El caballero del Follis	E. C. Robinson
Paseo por la fama	Carmen Guerrero
Maria Elena (Flor de fuego)	Wynne Gibson
El anillo lacrado	Charles Collins
El bailarín pirata	Antaire - Rogers
Sigamos la flota	Lil Dagover
Mamá su casa	Robert Taylor
Melodía Broadway 1938	Cary Grant
Apuñeta de amor	Wesman William
La vuelta de A. Lucin	Gino Cervi
Hector Fieramosca	Lili Pons
El mundo a sus pies	A. Nazari
Soplando en vida	K. Heburn
Damas del teatro	Zazu Pitts
El detective y su compañera	Joan Fontaine
Señoritas en desorden	Kate de Nagy
Una aventura de la Pompadour	Boris Karloff
El poder invisible	Willy Birgel
Melodía rosa	Ann Sothern
Cuando vin memoria	Paula Wessely
Maria Elena	Clive Brook
El caso Vase	Joan Fontaine
La quimera de Hullywood	Heinz Rühmann
Los tres vagabundos	

EDICIONES

BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El rey soldado	Enel Jennings
El maldado Carabel	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith	Sonard Colman
El cardenal Richelieu	George Arliss

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

(Serie Alfa)

2'50 ptas.

Carmen la de Triana	J. Argentina
Melodía de arrabal	Argentina-Carrel
La Millona	R. de Sentmenat
El sobre lacrado	Luisa Gargallo
Suspiros de España	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Rumba al Cairn	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento	Lina Yegor
Melinos de viento	Palma Tera
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche	Ramón Pineda
Sol de Valencia	Maruja Córnez
Misterio en la marisma	Tom D'Aley
Reinas de otoño	M. F. Carrón G.
La patita chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Irmita Hernán
Un credo de familia	Mercedes Vecino
La culpa del otro	Luis Prendes
Fin de curso	Eduardo Gato
Mi enemiga y yo	Luis Prendes
Y tú ¿quién eres?	Olvido Garmán
Una mujer en un taxi	Silvia Miriam
Una hermanita en París	F. Bayon
Empezó en boda	Sara Montiel

EDICIONES BIBLIOTECA

FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Saba «Tommy de los Elefantes»	
Tu cambiaría de vida	Michael Redgrave
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Mortal sugestión	Ann Harding
Acusada	Dolores del Río
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Albergo nocturno	Cressa Gyn
Los dos niños de París	Claude Rains
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
Las vacaciones del juez Harvey	Mickey Rooney
La última avanzada	Cary Grant
Margarita Gautier	G. Carlin - Taylor
Fora de hombres	Mickey Rooney
Bajo el monte de la noche	Edmund Lowe
El pequeño lord	F. Bartholomew
El asesino invisible	Walter Abel
Alarma en el expres	Michael Redgrave
Los dos billetes	Jacques Tassil
Pygmalion	Leslie Howard

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Cuidado con lo que haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día de mi quierzo	Carlos Gardel
Maria Estuardo	K. Hepburn
Lo perdiera millonario	Doná Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jermy Luga
El hombre del Níger	Victor Francien
Estruendo en luna de miel	Hugh Sinclair
Pruta dorado	Calie - Colbert
Andrés Marvay, tennio	Michay Brenny
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irene	Ann Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	F. Bartholomew
El valle del sol	I. Craig, L. Ball, A. Moreno
Quien conquista es la mujer	M. Hopkins
Casados sin casa	Menjou-P. Negri
La mujer de las dos caras	Greta Garbo
Luna llena	J. MacDonald
La hora radiante	Joan Crawford
El signo de la cruz	Friedrich March
Cuando ellas se encuentran	Joan Crawford
El rapto de Laura	Joan Fontaine
Una chica se divierte	Jean Arthur
El Club 400	Anne Shirley
Una mujer endiablada	Lupe Vélez
La vuelta del Ramo; Basado en la novela de Edgar Wallace	Victor MacLaglan
El gran jefe	Fernando Soler
Cuando los hijos se van	Ronald Colman
Otra vez más	Diana Durbin
La hermanita del mayordomo	William Holden
Juventud ambiciosa	Ch. Laughton
El sospechoso	Diana Barrimore
Matrimonio de inconveniencia	Jean Arthur
Una chica afortunada	Diana Durbin
La dama del tren	Iza Miranda
Documenta Z. 3	C. Colbert
Taxá	

«Nueva serie» 3 ptas.

Olivia	K. Hepburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carroll
Rutas infernales	John Wayne
Nombres intrépidos	John Hall
El Carson	John Ayr
La ruta del Este	Paul Kelly
¿Crimen o suicidio?	
¿Qué lindo es Michael?	Titu Guizur

«Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quiere un máximo	Jorge Negrete
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diego Banderas	Jorge Negrete
Perisura	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biografía)	
La cámara diabólica (1.ª parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte (2.ª parte)	Flash Gordon
La Doloresa	Arturo Godoy
Tercán de las fieras	Buster Crabbe
La modina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi novio está loco	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te rajés!	Jorge Negrete
También somos seres humanos	Burgess Meredith
La venganza de Legardure	Jorge Negrete
Caminos de sacramento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Estraña mujer	Hedy Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo

SELECCION BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

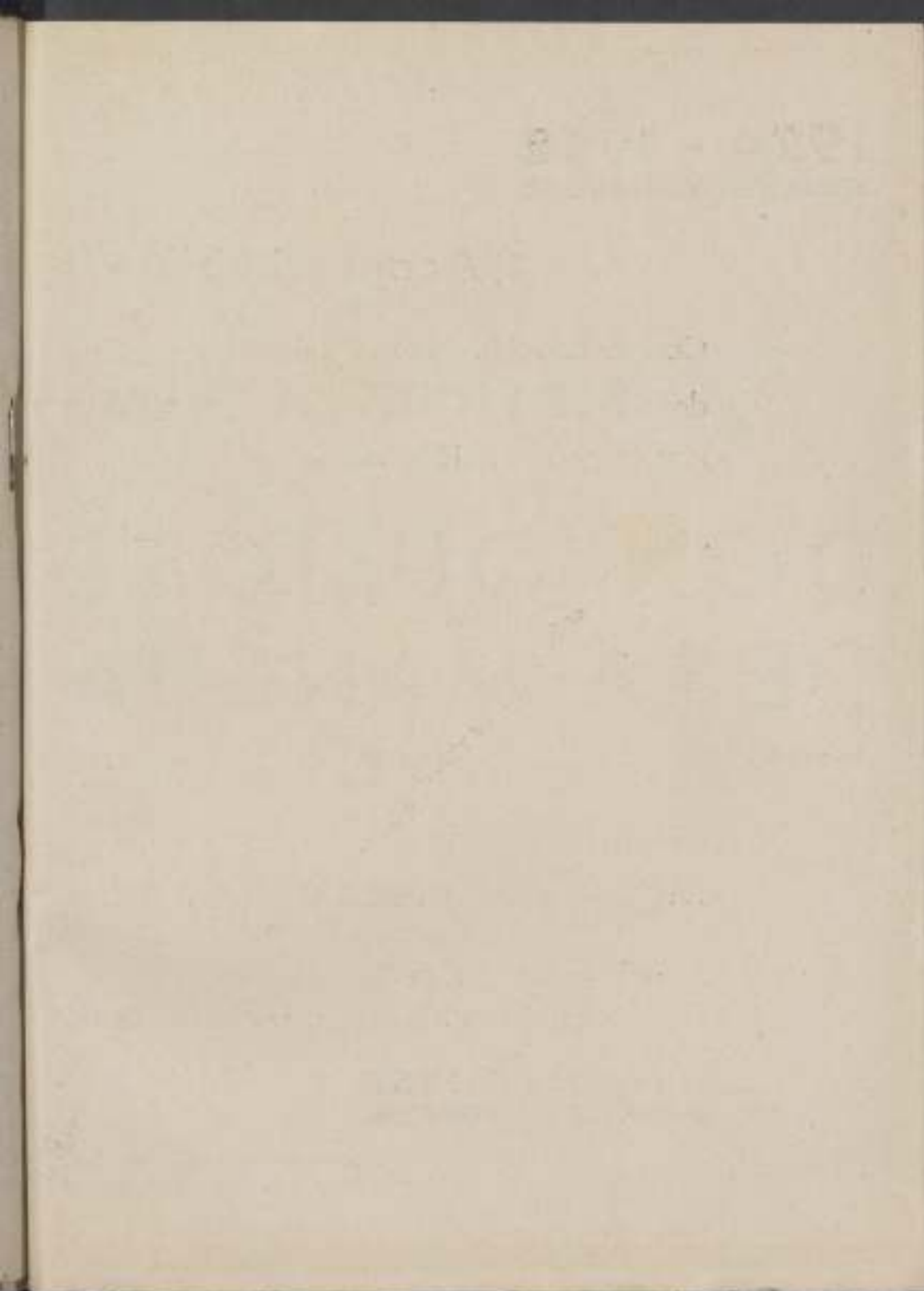
A la tina y al timón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Tomás - Medina
Noche de angustia	A. Nazari
Cautivo del beso	Leslie Howard
Flor de espino y progones de Albalcín	Gracia de Triana
Tú llegarás	Roberto Rey
Buenas noches	Maria L. Corona
Otoño	Roberto Rey

BIOGRAFIAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	
Miguel Ligero	
Estrellita Castro	
Alfredo Mayn	
Melvyn Douglas	
Manuel Luna	
Antonio Vico	
James Stewart	
Charles Boyer (Su vida, triunfos y anécdotas)	

CELEBRIDADES DEL CINEMA 75 cénts.

Charles Boyer (Colección de 8 postales)	
---	--



1924 - 1948

ii Acontecimiento !!

Conmemoración literaria del XXV aniversario
de **BIBLIOTECA FILMS**
con la publicación de

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Rafael RIVELLES

Sarita MONTIEL

Juan CALVO

del príncipe de las letras hispanas
Miguel de Cervantes Saavedra

Alarde artístico de la
cinematografía nacional

Precio: **4 Ptas.**

Producción **CIFESA**

4 ptas.

200.000 letras; 88 páginas de texto
y 16 fotografías ilustran este volumen